

¿LA UNIVERSIDAD DE CHILE DEBIERA SER
UNA UNIVERSIDAD POPULAR?

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER

Doctor (D. Phil.) Oxford University; B.A. en Historia del Arte y M.A. en Estudios Humanísticos en The Johns Hopkins University; Licenciado en Derecho, Universidad de Chile. Profesor asociado, facultades de Derecho y de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Historiador especializado en historia política y cultural.

¿LA UNIVERSIDAD DE CHILE DEBIERA SER UNA UNIVERSIDAD POPULAR?

“Preguntémonos por qué en Chile no ha habido, y a este paso puede que no la haya por mucho tiempo, una discusión de verdad sobre universidades”

Rector Ennio Vivaldi, discurso ceremonia aniversario 174 de la Universidad, noviembre 2016

Ramón – Es que este monigote lo vamos a colgar en el frontis de la Universidad, para quemarlo después.

Ana -- ¿Vamos a trabajar para después quemarlo?

Ramón – Lo vamos a colgar y quemar el día de la victoria.

Violeta -- ¿Qué va a representar?

Ramón – Al Rector.

Tito – Yo no lo he visto nunca.

Ramón – No importa que se parezca o no. Será un símbolo de la autoridad contra la que nos hemos rebelado.

Pancho -- ¡Del orden injusto que se nos ha impuesto!
De la socie...

Ramón (*Interrumpiéndole*). – Después, viejo, después...

Sergio Vodanovic, *Nos tomamos la Universidad*, 1969

“El que tenga ojos que vea, el que tenga oídos que oiga, y el que quiera paz que luche”

Grafiti baño hombres, Escuela de Derecho, UCh,
Pío Nono s.n., 2016

Las universidades -ya sea en tanto corporaciones en su sentido medieval original, o bien, en épocas más modernas, instituciones- cambian, evolucionan, mutan, pero en lo principal conservan ciertas constantes que les han permitido perdurar en

el tiempo (hasta ocho siglos en algunos casos), siendo ese su carácter histórico tradicional, su idiosincrasia, lo que las vuelve lo que son, nada que se le pueda superar así como así, tan fácilmente. En estricto rigor, no existe, ni se ha llegado a concebir, una universidad de vanguardia, y menos de vanguardia política. Entre los muchos adjetivos con que se ha querido calificar a la universidad, rara vez, muy excepcionalmente, se la ha adjetivado de revolucionaria o radical, inclusive durante ese periodo extremo que fueron los años '60 y '70 del siglo pasado, que es cuando uno podría haber esperado una tipificación de esa índole. Esto confirmaría cierta noción, digamos que matriz, de que la universidad, de estar *definida*, lo sería sustantiva e históricamente, no obstante los trastornos que haya tenido que soportar en ciertos momentos. Se le podrá haber querido alterar hasta en su esencia durante épocas enteras (paréntesis largos, meses y años) de convulsión, apoderamiento y paralización radical, mediante agitación permanente encaminada a ello, como sucedió en los '60 y '70, pero, vean ustedes, ni siquiera entonces devino en otra cosa que lo que siempre se tuvo por lo que era. Persistiría una lógica interna que cualquier sabotaje no podía simplemente eludir. La revolución, de producirse en la universidad, tenía que realizarse en una institución ya definida según parámetros convencionales, de lo contrario, no habría tenido sentido querer “revolucionarla”.¹

En lo que respecta a la Universidad de Chile, estos aspectos medulares, básicos, convencionales, son fácilmente reconocibles. Obedece nuestra Universidad, desde sus inicios, a cierta idea muy singular que la postula como nacional y selectiva (o si se quiere, meritocrática, en la medida en que se abre a nuevos grupos sociales, distintos a los originarios de élite). No se ha abanderizado con posturas políticas, con ideologías, más allá de una adhesión general a una concepción liberal laica a la cual se adscribió toda la institucionalidad del país desde los inicios de la república.²

-
1. Se ha hablado de la universidad en “tiempos de cambio”, en “proceso reformista”, de “en revolución”, de “revolución de los estudiantes”, de “revolución universitaria”, “revolución académica”, “revolución dentro de la universidad”, en fin, haciendo referencia a una situación de revolución, pero para nada indicando que esta haya terminado por apoderarse de la universidad, y habiéndose cerrado el proceso, convirtiéndola en otra cosa: en una universidad propiamente “revolucionaria”. Véase, a modo de ejemplo, el listado bibliográfico en SCHERZ GARCÍA, Luis. *Pensamiento e investigación sobre la Universidad. Bibliografía*, Documentos Universitarios. Santiago, Ediciones Corporación de Promoción Universitaria (CPU), No. 30, 1974. La única excepción que incluye la bibliografía de Scherz es un libro de Humberto Cuenca, *La Universidad Revolucionaria*, Caracas, Editorial Cultura Contemporánea 1964. Cuenca fue fundador del MIR venezolano y este libro, originalmente, era un capítulo de un texto más largo de su autoría, titulado: *Ejército, Universidad y Revolución* (Buenos Aires: Ediciones del Movimiento), que se prohibió en Venezuela.
 2. Cfr. JOCELYN-HOLT, Alfredo. “Institucionalidad liberal y Universidad en el Chile decimonónico”. *Revista Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Año 6, Universidad de Talca. Año 6: pp. 65-84, 1991.

Su tradición pluralista ha sido uno de sus principales rasgos, distinguiéndose de propuestas comprometidas, como el caso de la Universidad Católica, su contraste evidente, institución además confesional, por lo mismo, extra-nacional su dependencia.

De ahí que resulten inquietantes ciertos distanciamientos notorios de ahora último en nuestra Universidad para con aquello que se ha tenido desde siempre como suyo propio, apreciado supuestamente por la institución, aunque, quizá, ya ni tanto, o ¿nada del todo? Es que, en una de estas, nos estaríamos moviendo a otra definición de universidad, amén de militante, excluyente; una desviación sin grandes cuestionamientos de parte de la institución misma (no se ha hecho una discusión en serio sobre las universidades), lo cual, de llegar a ser cierto, no solo una sospecha, nuestra situación actual se ha vuelto, quizás, hasta más complicada incluso que durante esos años turbulentos que fueron los '60 y '70.

El rasgo más alterado de la universidad actual (y la Universidad de Chile en eso no es una excepción) es, por supuesto, el haber dejado de ser meritocrática. Se podrá sostener que se siguen midiendo méritos pero, en verdad, estos o ya no son cualitativos, no miden excelencia académica necesariamente, se les relativiza, o bien, se prescinde de ellos o pasa a llevar. La creciente masificación de la universidad chilena (multiplicada cien veces desde los años '50) da cuenta de una institución cada vez menos selectiva.³ Se aceptan, desde luego, más postulantes, redundando en bajas considerables de estándares de calidad. No es que quienes no podrían no estar en la universidad (sus méritos, indiscutibles) hayan mejorado en estos últimos 60 años, o hayan crecido en igual proporción a las oleadas de números exponenciales con que se ha estado embistiendo a una institución tradicionalmente acostumbrada a otra escala. A menudo, a numerosos postulantes se les deja entrar no según criterios uniformes, sino de acuerdo a mecanismos supuestamente correctivos -rankings de notas, discriminación positiva, saltándose mediciones estandarizadas como la PSU...- en otras palabras, conforme a cuotas previamente favorecidas, bonificaciones o subsidios de distinto tipo, diseñados para sustituir criterios basados en méritos supuestamente añejos y discriminatorios. Todo ello justificado, además, por el argumento más moderno y progresista, a tono con los tiempos “inclusivos” que viviríamos, que de esta otra manera se va a poder lograr una institución más “justa” y “representativa”. Esto es, ya no la flor y nata de los mejores preparados antes de llegar a la universidad (cualquiera su origen) y, por tanto, con mayores

3. Sobre masificación de las universidades chilenas, véase, JOCELYN-HOLT LETELIER, Alfredo. *La Escuela Tomada. Historia / Memoria 2009-2011*. Santiago, Taurus, 2014: pp. 302ss (642pp).

posibilidades de éxito académico y profesional futuro, sino admitiendo otros cortes, otros perfiles que los estrictamente centrados en idoneidad académica, de tipo más bien económico, social y cultural (definido esto último vagamente según categorías étnicas o de género, como también si se padecen incapacidades físicas, incluso calificando gracias a “talentos deportivos”) que darían cuenta mejor de lo que es y se quiere que sea Chile, ergo, su universidad, la cual no podría enajenarse o restarse frente a consideraciones tan bien intencionadas.

En segundo lugar se nota este nuevo sesgo progresista en cierta tendencia, cada vez más prevalente (tenida por obvia), consistente en creer que la universidad ha asumido un “compromiso” no transable, una suerte de contrato social, y que estaría ahí —su existencia así lo confirmaría— para honrar derechos sociales, los cuales, a su vez, serían objeto de demandas, de negociación y presión, o, en su defecto, de motivo de rechazo por no acogerse las reclamaciones debidas. Al punto que para nadie es una novedad, tampoco se estima una deformación que los centros de estudiantes y sus federaciones internas y nacionales hagan las veces de una fuerza sindical: se organizan, atraen, presionan, agitan y movilizan, como un sindicato común y corriente. No es que por conocimientos y probada excelencia intelectual de sus miembros (después de todo, son universitarios) sean distintos a sindicatos en áreas más pedestres. Vistos así, corporativamente, los estudiantes son una masa, el contingente más numeroso al interior de la universidad, muy por sobre otras fuerzas no siempre organizadas (e.g. el claustro de profesores, las autoridades elegidas o nominadas, incluso si se les compara con funcionarios también sindicalizados), de ahí que sean los estudiantes movilizados los que preferentemente ejercen presión y en forma más reiterada y políticamente exitosa.⁴ De ahí también que la universidad se haya estado convirtiendo en un espacio de lucha y resonancia de reclamaciones no necesariamente universitarias, de hecho, las más de las veces, ajenas a la institución y a lo que se hace en ella. Al punto que uno se pregunta si la universidad dará para tanto, o no será que reúne a un contingente etario entusiasta que, de repente, se abre al conocimiento y se siente destinado a resolver los problemas del mundo. Un despertar muy emocionante, por cierto, propio de cierto voluntarismo a menudo desatado, esto lo preocupante.

Qué llevó a que la universidad se convirtiera en el escenario donde hacer presente el contrato social (o su quiebre al que habría que recomponer), es una

4. De más está señalar que los centros y federaciones de estudiantes reclaman para sí la totalidad de la representación del estudiantado, no obstante haber sido elegidas por pluralidades relativas, o peor, gracias a un universo muy reducido de alumnos votantes, ni qué decir los *quorums* exigidos para que a sus resultados se les estime válidos.

buena pregunta. ¿Acaso a ello se referirá el Rector Vivaldi cuando apunta a que “en Chile no ha habido [...] una discusión de verdad sobre universidades”?

Hay, por cierto, toda una historia para atrás y se la conoce bien o mal, según se la quiera admitir o no. El movimiento estudiantil, iniciado en la Universidad de Chile a principios del siglo XX, de significativa actuación en los años ‘30, recrudece con mayor fuerza en los ‘60 y ‘70. Aunque severamente reprimido durante la dictadura, seguirá activo en su interior en esos largos 16 años asumiendo, con frecuencia, una vocería nacional por estimarse a la universidad un espacio autónomo, amén de “libre”, con mayor razón tras la llegada de la democracia el ‘88-‘90, que es cuando se consagra su autoproclamada capacidad para seguir liderando las luchas sociales todavía pendientes. Con todo, esta historia es compleja, no todo lo épica que se quiere hacer creer. Se ha responsabilizado a las universidades, en no poca medida, por el quiebre institucional nacional que vino a desembocar en el golpe del ‘73. Su evidente constatación, según varios que se han manifestado preocupados por esta pendiente, el haberse convertido en campos de batallas y trincheras ideológicas a partir del ‘67 (toma de la Casa Central de la Universidad Católica, aparición del MAPU y gremialismo, también del MIR y Patria y Libertad unos pocos años antes y después), el haber dejado deteriorar el diálogo y la convivencia interna, imperando no la razón, sino el desmadre universal (no de un solo sector u otro) y, de paso, el haber desnaturalizado la labor académica por aquellos años, a tal punto que, intelectualmente hablando, se habría producido poco o nada valioso en las universidades chilenas en esa década.⁵ Aunque ello no justificaría la intervención posterior *manu militari*, el seguir sosteniendo que el proceso de degeneración institucional universitaria comenzó -por el contrario- con la dictadura pasa por alto, desfachatadamente, esta otra historia. Por qué dudarlo: el campo estaba más que abonado para seguir descomponiendo una institución de sobra desgastada a esas alturas.

Cualquiera que haya sido el caso, lo que pareciera ser indiscutible es que hacía rato que el conflicto nacional se venía anticipando en la universidad misma. Y, es más, en paralelo al asentamiento de esa idea cómplice que afirma que tendría que ser en ella, por lo mismo que allí se habría producido y originado el choque entre visiones excluyentes de país y del mundo, donde debía resolverse, en un sentido u otro, tamaña disputa y colisión. En efecto, hacía rato que en su interior se veía venir su eventual desenlace, aunque no precisamente de la manera más ponderada

5. GÓNGORA, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Ediciones La Ciudad, 1981: p. 130. Góngora se refiere al periodo 1967-1973 con esas casi mismas palabras.

y persuasiva que digamos. Por el contrario –recordemos-, todo comenzó con actos de fuerza, con tomas, ocupaciones y enfrentamientos, no tan distinto a lo que en paralelo llegó a ocurrir en espacios laborales industriales y rurales, en movilizaciones sindicales y gremiales, en el mundo educacional no universitario y, por cierto, en la calle. En otras palabras, lo que comenzó a sucederse precipitadamente, en unos muy pocos años, hasta desembocar en un país todo movilizadísimo, lo habrían adelantado los principales claustros universitarios, y eso porque en su interior se encontrarían las fuerzas más “vivas” y “conscientes” dispuestas a todo, a una suerte de reversión al estado natural con cascos, lanzas y linchacos, que efectivamente los hubo (véanse las fotos del frontis de la Escuela de Derecho en toma el año ‘71).

Ahora bien, haber dejado que la conflictividad se encaminara hasta llegar a estos extremos y sus últimas consecuencias, contemplándose incluso la eliminación del otro –ese su corolario implícito, y así de radical el margen de opciones ya aceptadas para el país y el drama que se estaba ensayando/escenificando al interior de estas instituciones—, tendría un efecto perverso posterior, más tempranamente que tarde, suicida. Una vez terminado el jaleo, la institucionalidad del país yacería por los suelos y a la universidad, tal como se la había entendido hasta entonces, se la pasaría a llevar sin importar su dignidad y larga historia. Es decir, todo ello que se venía anunciando terminó muy mal; a pesar de los anticipos, inimaginablemente mal y, para peor, factualmente a golpes. No se precisa de una historia para entender este proceso. Los protagonistas, muchos de ellos, siguen vivos. Las cicatrices siguen sin cauterizar. Y en lo que respecta a la universidad en específico –vaya la mollera dura- no solo persistirán las consignas, también sus respectivas lógicas violentas y el deterioro institucional al que siempre llevan. En efecto, se trata de una experiencia que aun viniendo de antes y a sabiendas a qué diablos fue que nos condujo, paradójicamente sin embargo, se insiste en querer hacerla revivir, conforme a una suerte de *corsi e ricorsi* intencionado. Para gente que piensa así no existen derrotas.

Desde hace diez años –coincidente con el despertar “pingüino” del 2006 que se inició en la educación secundaria, no en la universitaria, curiosamente— se volvió patente que demandas hechas con gran efecto mediático podían llegar a tener enorme eco y acogida en la ciudadanía. En 2011 se hizo, además, evidente el carácter asambleísta con que estas movilizaciones se organizarían de ahí en adelante (colectivos y no partidos, voceros y no dirigentes). Pero desde antes, en 2009, con ocasión de una toma extraordinariamente mediática que tuvo lugar en la Escuela de Derecho, se venían constatando muchos de los propósitos y manera de operar que en 2011 se van a proyectar a gran escala, como si se tratara de un reventón social espontáneo, no algo planificado con anterioridad, que es lo que a algunos sí nos parece. De aquella toma en Derecho, además, surgirán grupos políticos que posteriormente irán asumiendo mayor protagonismo universitario y

nacional, también ciertos personalismos, como el de uno de los voceros de la toma, quien terminará siendo elegido diputado en 2013, y el de un profesor de dicha escuela que sirviera de aval de la toma, al cual se le sindicará, además, como una de las figuras inspiradoras de la “ideología” del movimiento del 2011 en materias educacionales; personaje que, al parecer, estaría barajando otros saltos políticos (en sus propias palabras: “para transformar uno necesita poder y harto poder”). La universidad como tablón desde donde proyectarse es una vieja historia. De aquel entonces también data la activa participación de académicos que, impactados por el ejemplo de la iniciativa estudiantil (‘nadie antes habría representado el mal estado de la educación pública chilena’, esa su defensa), se suman a las manifestaciones y reclamaciones con una vehemencia inédita. En la Universidad de Chile esto se hace patente hasta en instancias institucionales, como el Senado Universitario, el cual, valiéndose de su composición triestamental, promovería vivamente la participación; sus comunicaciones al resto de los académicos llamaban a sumarse a las marchas, dando a entender que esto sí que era “hacer universidad”, más incluso que seguir haciendo tareas de tipo normal, las que, obviamente, no se podían llevar a cabo estando la universidad paralizada. Por su parte, autoridades (decanos y Rectoría) proporcionarían facilidades para que universitarios pudieran integrarse a las movilizaciones en curso, admitiéndose “espacios de reflexión”, “espacios protegidos” en horarios de clases, alterándose la calendarización de evaluaciones y otras más cada vez que se producían paros, como también tras el término de paros y tomas (a cambio de que se “bajaran”, como en las negociaciones sindicales). Estas tomas y paros, recordemos, llegaron a durar semanas y meses, como sería el caso de las muy emblemáticas que afectaron, a lo largo de toda la rectoría de Víctor Pérez, a la Casa Central, con endoso institucional de parte del Senado Universitario, que llegó a sesionar incluso en dicho recinto en plena ocupación. Una menor tolerancia se mostró hacia tomas de la Torre 15, Servicios Centrales, porque desde ahí, efectivamente, se puede hacer colapsar el funcionamiento burocrático de la universidad y eso sí que es grave. Huelga resaltar que no hubo igual preocupación para con el funcionamiento académico docente de la institución las infinitas veces que se viera afectado. Tampoco hubo mayor intención en querer poner fin a ocupaciones que involucraran a activistas ajenos a la Universidad recurriéndose a la fuerza pública, ni se aplicaron sanciones a estudiantes que causaron daños a la propiedad, o bien, recurrieron a violencia, brutal en un caso al menos, afectando gravemente a un académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades en el campus Gómez Millas, y años antes, en esa misma unidad, quemando libros de la biblioteca en plena vía pública (algo impensable en los años ‘60 y tempranos ‘70). Por el contrario, se hizo especial hincapié, la indignación expresada a todo volumen, en contra de la violencia desplegada por fuerzas policiales las contadas

veces en que sí se ordenaron desalojos por parte del Gobierno. En fin, lo que se impuso ese año y año y medio fue un apoyo incuestionado hacia la movilización estudiantil. Hay pocos registros de repudio interno, de parte de académicos, a ese estado de la situación, salvo las declaraciones de rigor de autoridades y asambleas de profesores cuando se producían desmanes, las que, sin embargo, no pasaban más allá de saludos a la bandera. “Con el patetismo de sus declaraciones de principios, las universidades se protegen de la insinceridad y de la incertidumbre que las rodea. Es el caso típico de América Latina”, palabras de Jorge Millas.⁶ Bastante más críticas fueron las escasísimas participaciones personales en los medios de comunicación nacional de académicos de la Universidad en calidad de columnistas o de entrevistados en reportajes periodísticos y, en un caso en particular, a través de una carta de numerosos profesores titulares de la Universidad, algo tímida y tardía, sin embargo.⁷

Hice un pormenorizado, voluminoso recuento y análisis de esta evolución (o mejor dicho, involución) que desembocara en 2011 en mi libro *La Escuela Tomada. Historia / Memoria 2009-2011*, al que remito, no siendo del caso volver a repetir sus contenidos en esta ocasión. Libro -me perdonarán tener que manifestarlo tratándose de una obra mía- que causara más impacto fuera que dentro de la institucionalidad universitaria, y eso que se hacía una fuerte crítica, desde dentro, respecto a nuestra Universidad. Pero que, por lo mismo, confirmaría el punto, que es también el del Rector Vivaldi: “Preguntémonos por qué en Chile no ha habido, y a este paso puede que no la haya por mucho tiempo, una discusión de verdad sobre universidades”. Me basta con repetir, a modo de tentativa respuesta a tamaña perplejidad, tanto del Rector como mía (quisiera pensar), lo que decía Jorge Millas allá por 1981: “El pensamiento cauteloso y cohibido por temor a la disidencia [...], el estudio acosado por la disciplina autoritaria, son inauténticos, y solo se sostienen por la resignación o la picardía acomodaticia de muchos académicos, cuando no por su inconsciencia total. La universidad resulta así falseada de raíz”⁸ (conste que

6. Jorge Millas, “Foro sobre autonomía universitaria”, originalmente aparecido en diario *El Sur* de Concepción, 8 de diciembre de 1968, reproducido en MILLAS, Jorge. *Idea y defensa de la universidad*. Santiago, Editorial El Pacífico, 1981; p. 61.

7. Véase, por ejemplo, el artículo de Juan Guillermo Tejeda, profesor de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCh, “Tomas: de la universidad republicana a la universidad popular”. *El Mostrador*, Santiago, 12 octubre 2011; y la nota “Profesores de U. de Chile elaboran carta pública y critican intento de transformarla en una ‘corporación militante’”. *El Mostrador*, Santiago, 30 septiembre 2015; también JOCELYN-HOLT, *La Escuela Tomada...*, pp. 350-351n106 y 354n108 en que hago referencia a la carta de 23 profesores titulares fechada el 5 de julio del 2013 que, a mi juicio, debió escribirse dos años antes, en 2011.

8. Jorge Millas, “Prólogo” a *Idea y defensa...*, *op. cit.*, p. 10.

“picardía” es sinónimo de astucia). Si hasta en eso, quizá, no hemos cambiado tanto desde hace 30 años y aun tratándose de la dictadura, que es el contexto que llevó a Millas a hacer semejante comentario. No, las instituciones académicas son lentas en cambiar, eso también es sabido.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para subrayar un punto específico, concretamente, cómo se han ido institucionalizando algunas de estas prácticas en el último tiempo. El asambleísmo, más que tolerado se ha estado convirtiendo en la manera como se “constituye” la comunidad académica hoy en día. Nada de raro, se piensa, rendidamente por algunos, entusiastamente por otros, que lo que se nos viene en el corto o mediano tiempo es una organización triestamental del gobierno universitario. El 2009 eso ya ocurrió en la Escuela de Derecho, porque en esa toma e intervención posterior desde Rectoría se operó en conjunto con profesores afines, si es que no coludidos con la toma y sus líderes estudiantiles. Unos años después, en 2015, el grupo de profesores que llevó a cabo la destitución del decano Nahum se posesionó electoralmente del decanato; recordemos que mediante una toma el ‘71 se anticipó el pase de una escuela “derechizada” (en pleno gobierno de la Unidad Popular) a la “toma” final que llevará a cabo la dictadura en Pío Nono s.n. tras la destitución del decano Máximo Pacheco. Paradójicamente, las nuevas autoridades en Derecho, instaladas en 2015, han estado objetando paros y tomas, si bien sin mayor éxito.⁹ A los alumnos más radicalizados, por supuesto, no les es difícil detectar tan flagrante contradicción viniendo de quienes vienen tales objeciones,

9. Ello, no obstante, el decano de Derecho, Davor Harasic, propuso en una reunión triestamental convocada por el Rector Vivaldi, llevar a cabo una “vigilia de 48 horas por la educación pública” con el objeto de “evitar acciones como las tomas” (*La Tercera*, 16 junio 2016), que no es la manera como Ximena Peralta Fierro, presidenta del Centro de Estudiantes de Derecho (Izquierda Autónoma) lo explicó por su cuenta en Facebook la noche anterior (15 junio 2016). Decía Peralta: “En sesión del Consejo Universitario al que fue invitado extraordinariamente el Pleno de la FECh y el Senado universitario, el Decano Harasic propone que hagamos una toma triestamental de dos noches, una vigilia de 48 horas por la educación pública que está muerta. Se nota que viene volviendo de un viaje a Cuba el Decano. Le vamos a cobrar la palabra combativa”. Días después, el 26 de julio de 2016, se informa por la página web de la Facultad de Derecho de una “Masiva participación de comunidad de Derecho en lanzamiento de proceso de discusión sobre proyecto de Reforma a la Educación Superior [...] Estudiantes, funcionarios y académicos marcharon desde Pío Nono 1 hasta la Casa Central en señal de compromiso con el fortalecimiento de la educación pública”, y se reproduce una foto en que Harasic y otros portan un lienzo alusivo al propósito, entrando a la Casa Central. Según informaciones que se me han hecho llegar, a los funcionarios de la Escuela se les requirió marchar en masa rumbo a Plaza Italia y Casa Central, y se cerró la Facultad. Esto no ocurría en reparticiones públicas desde la dictadura. Tiempo después, Harasic en entrevista en *La Tercera* del 15 de agosto de 2016, saldría diciendo: “Las marchas canalizan la deslegitimación institucional que existe”.

como tampoco se les escapa que así se funciona al otro lado del Mapocho. Todo alumno medianamente consciente llega a enterarse de cómo se hacen las cosas y “cambios” (el “genio del lugar”) desde que cruza su atrio por primera vez. Para el público general el frontis de la Escuela, su arquitectura más icónica, es la de lienzos, cadenas y sillas apostadas a las rejas. En cambio, para quienes conocen los tejes y manejes esa es una pura escenografía de juegos de poder entre facciones y estrategias dispuestas a capitalizar choques que se producen de tanto en tanto en su interior. Los costos que esto ha significado para la Facultad en bajas de alumnos destacados de la secundaria que han dejado de optar por estudiar allí o se han vistos obligados a abandonar sus estudios una vez ingresados, transfiriéndose a otras instituciones (en especial tras paros y tomas prolongadas, como fue el caso este año recién pasado), han estado aumentando en números cada vez más alarmantes. Está ocurriendo algo similar a cuando en los primeros años ‘70 se aconsejaba a estudiantes posibles no inscribirse en la Universidad de Chile porque no es fácil estudiar en ese tipo de ambiente híper-conflictivo. No es descartable tampoco que la Universidad esté perdiendo, por lo mismo, buena parte de su carácter pluralista ideológico, y otro tanto su perfil pluriclasista. Cuestión que a algunos en la Universidad puede que no les moleste en absoluto, y de ser ese el caso, cabe preguntarse qué tan a propósito y no puramente “espontáneo” es el ambiente con que se identifica a nuestra Universidad, espantando a gente valiosa que no tendría por qué no estar ahí y, de hecho, en otros momentos apostó por estudiar allí y les fue muy bien.

El prurito asambleísta institucionalizado se nota otro tanto en el afán por convertir la Universidad en foro también permanente. Se produce una toma o paro, se presenta una iniciativa con relevancia nacional y, de seguro, se arma un conversatorio, lo más horizontal posible.¹⁰ La tónica de charlas, conferencias,

10. Por ejemplo, los numerosos correos de Ximena Peralta, la presidenta del Centro de Estudiantes de Derecho, llamando a participar a los profesores y funcionarios en asambleas comunitarias junto a estudiantes movilizados en el patio central de la Escuela: “Nos interesa que como comunidad universitaria podamos conversar sobre la contingencia nacional, en particular sobre la reforma a la educación próxima a ingresar al Congreso nacional [sic], y la ascendente movilización estudiantil en curso. Pensamos que el papel que podamos tener como Escuela es muy relevante y es parte del rol público que estamos orgullosos de hacer nuestro [...] Durante los próximos días les haremos llegar por esta misma cadena el material que sirva de insumo para la discusión, y una pauta para su mejor desarrollo [...]”. Valga también el lenguaje de esta otra invitación del CED de Derecho: “Estimados/as profesores/as de la Facultad, Junto con saludar, escribimos este correo para extender la siguiente invitación: La Asamblea de Escuela resolvió el día 29 de abril, durante la toma, realizar un encuentro triestamental en el patio de la facultad con el motivo de conocer las posturas de miembros de los diferentes estamentos con respecto a la movilización que se está llevando a cabo en nuestra escuela. El objetivo es

seminarios, otros tantos conversatorios, jornadas, campañas mediales, universidad en red, publicaciones, transmisiones radiales, puede parecer marcadamente sesgada política o ideológicamente. Lo es para cualquiera que reciba la andanada de correos y folletería con que se publicitan estas actividades y programaciones, luego asiste o sintoniza: basta ver los temas anunciados, a quiénes se convida o no a exponer y el tenor, las más de las veces, contingente que motiva la programación. Fue parecido también en los años '60 y '70, en ello no hay gran novedad. Esta es una universidad donde hace rato quien la preside, electoralmente o a codazos, marca la tónica institucional (para qué decir bajo dictadura). Dicho tenor pauteado deviene aún más evidente cuando se trata de iniciativas dirigidas a volcar la Universidad entera a pronunciarse sobre la reforma educacional actualmente en discusión (v.gr. la campaña medial e institucional “La Chile Piensa la Reforma”¹¹). Esfuerzos tales, mancomunados y dirigidos a dar cuenta de *una sola voz* supuestamente representativa, “coral”, de *toda* la comunidad universitaria reunida en proceso deliberativo, no parecieran admitir disensos; de hecho, si los hay no trascienden. Conste, además, que este llamado a pronunciarse como una institución toda, respecto a la reforma educacional, ha sido no solo coetáneo, sino que ha contado con similares mecanismos participativos al del “proceso constituyente” promovido por el Gobierno de Michelle Bachelet y su Nueva Mayoría. Otro tanto también ha sido el caso de un semejante llamado deliberativo promovido, a una escala por cierto menor, a fin de representar una “posición” de la Facultad de Derecho en relación a una nueva Constitución del país.¹² Ahora bien, una de las principales objeciones que se ha planteado respecto al “proceso constituyente” nacional es que esquemas de este orden se prestan para toda suerte de maquinaciones. Las plataformas con que

generar una instancia de conversación donde podamos dar a conocer las reivindicaciones de los estudiantes y las reacciones que han causado estas en los diferentes estamentos, y así avanzar en el diálogo.

Los esperamos este lunes 2 de mayo [2016] a las 10:30 hrs en la Facultad.”

11. La campaña de discusión sobre la reforma de la Educación Superior supone un proceso interno de análisis en la Universidad de Chile que involucra muy específicas etapas: “1. Elaboración y validación de la metodología del proceso, 2. Realización del acto de lanzamiento, 3. Realización de foros y paneles, 4. Deliberación y generación de propuestas, 5. Generación de encuentros y propuestas, 6. Validación de síntesis de propuestas, 7. Entrega a Rector, y finalmente 8. Acto de cierre.” Conste que ya no es que la Chile “piensa a Chile”, lema con que se trabajaba hace unos 15 años atrás, sino que se “piensa” a nivel de letra chica, muy puntual. Véase: “Universidad de Chile discutirá triestamentalmente propuesta de Gratuidad enviada por el gobierno”, *El Mostrador*, Santiago, 18 agosto 2015.
12. Cfr. “Harasic entrega a la Presidenta propuestas sobre proceso constituyente y nueva Carta Magna”, *La Tercera*, Santiago, 25 noviembre 2015.

se ha trabajado en estos “procesos” internos llevados a cabo en la UCh en el último tiempo admiten igual o similar objeción.

Aún más específicamente, la aceptación de la gratuidad por parte de la UCh es otro más de estos posicionamientos corporativos con que se estaría queriendo asociar su identidad en tanto universidad, sin que tampoco se sepa qué tan plural es dicha participación una vez que se convoca. Y eso que se le pueden ocurrir a cualquiera una cantidad de buenas razones, algunas de ellas históricas, esto es, clásicas reivindicaciones que pudieran desconfiar de una iniciativa de ese tipo, no porque se trate de una vuelta a la gratuidad que alguna vez existió, sino porque podría terminar significando un mayor control por parte del estado, una dependencia discutible. A la Universidad de Chile se le podrá querer definir como estatal o fiscal, como también, quizá, puramente *pública* (autónoma de los gobiernos de turno), pero evidentemente no son lo mismo. Sin embargo, ¿se le discute? Valgan las palabras del señor Rector: “Preguntémonos por qué en Chile no ha habido, y a este paso puede que no la haya por mucho tiempo, una discusión de verdad sobre universidades”. Estamos viendo lo que ha significado esta gratuidad con aval del estado para universidades privadas que se han acogido a ella (la Universidad Diego Portales ha dejado de percibir miles de millones de pesos y estaría con serios problemas financieros a causa de ello). Por tanto, cabe preguntarse si es conveniente o no asegurar una univocidad institucional en este tipo de temas, duda que no parece considerarse, porque la idea de una sola posición institucional, al igual que la aceptación sin más que las universidades públicas son estatales, responden, ambas, a una orientación ideológica clara, a favor de una voluntad única y una adhesión incondicional a un modelo de universidad *estatal*, de tinte específicamente socialista, en aras de un estado social. Obviamente, una universidad estatal no es lo mismo que una universidad nacional (nuestra antigua definición), una precisión en que nadie parece haber reparado. El contexto de la discusión no da para semejantes exquisiteces. En fin, los llamados a definirnos mediante una sola voz han estado encaminados a asumir nuestra condición estatal sin cuestionamiento alguno al respecto.¹³

13. Lo de una sola voz no es solo un propósito de las autoridades de la Universidad. Por iniciativa del Movimiento BDS (Boicot, Desinversión y Sanción contra el Apartheid de Israel contra el pueblo palestino), el 25 de abril 2016 los estudiantes de la UCh fueron consultados en la Facultad de Derecho (cualquier estudiante de la UCh podía participar) sobre una moción llamando a cortar vínculos académicos por parte de la UCh con universidades israelíes además de impedir actividades con representantes del estado de Israel. La moción fue aprobada en un 65%. Ya antes, en octubre de 2015, en una asamblea extraordinaria también llevada a cabo en la Facultad de Derecho se votó a favor de no permitir que en el futuro representantes del estado de Israel pudieran expresar sus posturas en la Universidad. La asamblea convocó a solo 130 alumnos.

La tolerancia respecto a otras manifestaciones, llamémoslas *populares*, al interior de la Universidad, ratifica este vuelco y sesgo que he estado subrayando. Se toleran murales de abierto contenido subversivo proselitista; de hecho, llevan años en muchos recintos de la Universidad gozando de plena inmunidad, ¿sin que existan (o puedan existir) expresiones semejantes de líneas diametralmente opuestas?¹⁴ ¿Con qué grado de anuencia por parte de autoridades académicas, con qué tanta aceptación por *default* por parte de académicos y/o estudiantes que no adscriben a esas posturas, estos murales siguen en pie? El problema que presentan este tipo de manifestaciones políticas es similar al que ofrecen las mayorías relativas en referéndums, consultas y elecciones en que se deciden mociones claves, siendo las más obvias las relativas a paros y tomas prolongadas, no estando del todo claro qué representación pueden llegar a tener semejantes votaciones -a veces el *quorum* exigido es insignificante- y habida cuenta de mayorías aún más cuantiosas que optan por abstenerse sin participar en dichas votaciones. ¿Por dejación o desidia, porque no ofrecen garantías, porque no hay opciones menos malas, porque simplemente no se ofrecen opciones? Si ello ocurre con el grueso del estudiantado, ¿por qué no podría estar pasando lo mismo también con buena parte del claustro?

La “toma” de espacios es otro indicio de querer posesionarse de la Universidad pasando a llevar actividades y sensibilidades colectivas. En una reunión de departamento en la Facultad de Derecho en marzo del 2016, gran parte de la discusión se centró en el problema del trago y de las drogas y cómo los alumnos, en fiestas autorizadas o toleradas por las autoridades (“la de los viernes”), quedaban tendidos, inconscientes. Si don Andrés Bello tuviera que actualizar su discurso inaugural, tendría que partir de un supuesto quizá distinto: ya no una universidad que supone estudiantes lúcidos, en todos sus cabales, sino tumbados en las gradas a punto de ahogarse en su propio vómito. Uno de los profesores, presente en dicha reunión, manifestó que el patio es de “ellos” (de los alumnos), quienes sienten que es “su casa”, que por tanto no se le puede “expropiar”; que, es más, existiría un “currículum invisible” consistente en aprender de la vida, venir a la Escuela y “experimentar”, eso “lo más importante del paso por la universidad y lo que más aprecian”. Para quienes lo escucharon no quedó claro si lo decía en serio o irónicamente. El uso de recintos comunes (los patios, de nuevo), para llevar a cabo eventos varios -asambleas, mítines, foros, cocinerías, batucadas, bazares— con alto

14. Por ejemplo, el mural en el patio de la Facultad de Filosofía y Humanidades en que se ensalza a encapuchados y la vía armada, concretamente una mujer-metrallata y un “con amor y rabia los recordaremos” como leyenda. También el mural en Derecho que muestra a unos manifestantes frente a un carabinero portando un lienzo que reza: “Abajo el tirano”, y a un costado aparece una Constitución Política de la República ardiendo en llamas.

deterioro acústico, respiratorio y estético, e impidiendo el normal desenvolvimiento de clases, se ha convertido en pan de cada día, volviéndose algunas facultades de nuestra universidad ferias comunes y vulgares, al punto que no queda claro ni se distinguen nuestros espacios universitarios de un recinto cualquiera, incluso callejero, o más propio de un vecindario barrial. Que este es un problema se hace evidente cada vez que las páginas web de las facultades, a fin de negar esta realidad, escenifican fotografías “profesionales” en que, por el contrario, estos espacios aparecen siendo un remanso de paz y tranquilidad poblados por alumnos impecablemente trajeados y bien comportados. El “aquí no ha pasado nada”, el “aquí sigue todo igual”, para quien debe toparse a diario con la realidad (no con la imagen corporativa promocional ofrecida) es del todo evidente.

No se piense que este fenómeno “popular” es únicamente incidental o “extraacadémico”. Popular también significa “al día”, de moda, que tiene acogida en el público, produce seguimiento, “marca tendencia”, genera popularidad, “cae bien”, se *enchula* y renueva. Las preferencias temáticas con que se hace investigación y docencia también encajan con esta popularización de la Universidad. En el área de humanidades, que es la que más conozco (incluyendo derecho), el fenómeno se ha vuelto notorio desde hace tiempo. Con la salvedad que esta preferencia está crecientemente marcada por una afinidad con cierta sensibilidad políticamente correcta. Ahora bien, esto no es tampoco una novedad nuestra. Las universidades norteamericanas, en especial sus departamentos y facultades de humanidades, al igual que sus organizaciones estudiantiles, se han estado transformando en puntas de lanzas de cierta reflexión progresista, contestataria, multiculturalista, aspirando a convertir la universidad en un lugar “libre” de asedios y posibles ofensas (“*safe spaces*”); en general, un lugar donde hay estrictos protocolos que rigen lo que se dice, de lo contrario se recurre a la denuncia, un poco como funcionan las funas o *troleos* en las redes sociales con que se sirven para imponer líneas de combate y pensamiento unívoco sectario.¹⁵ En áreas académicas específicas, en historia, desde luego, cierto prejuicio anti-elitista, revisionista fácil, interesado en rescatar lo escondido

15. Véanse: Frank Bruni, “The Lie About College Diversity”, *The New York Times*, 12 diciembre 2015; Meghan O’Rourke, “Yale’s Unsafe Spaces”, *The New Yorker*, 13 noviembre 2015; Nathan Heller, “The Big Uneasy. What’s roiling the liberal-arts campus?” *The New Yorker*, 30 mayo 2016. Últimamente, en la UCh, se han estado produciendo acusaciones de acosos y abusos sexuales en contra de profesores y alumnos; se han instalado “canales efectivos de denuncias” (informales y sin resguardo del debido proceso), y se ha estado capacitando a profesores para instruir sumarios. Al igual que en universidades norteamericanas, se ha planteado el temor de que esto puede derivar en justicialismo popular. Rachas sumariales en la UCh tienen una triste historia; han servido para entablar persecuciones políticas e ideológicas.

(el “sujeto silenciado”), pretendiéndose corregir de esta forma cinco o más siglos de historia occidental, se ha ido imponiendo. Es cosa de ver en qué y cómo se trabajan ciertas líneas de investigación y cómo, en cambio, han ido desapareciendo ofertas de repente estimadas heterodoxas, si no lenguas muertas. Filosofía e historia han estado amenazadas en el currículum nacional. Inténtese hacer un curso sobre élites tradicionales, o peor, sobre el discurso anti-élite contemporáneo, y vea qué pasa. Con la particularidad de que este despropósito deja temas, interpretaciones y posturas teóricas ya no aceptables, a merced —al menos todavía aquí en Chile— de otras universidades más convencionales donde todavía se las cultiva. La Universidad de Chile tiene historia pasada de estas discriminaciones y razias intelectuales; en algún momento se concluyó que porque éramos una universidad laica no debíamos tener nada tan añoso y reaccionario como una Facultad de Teología. Claro que ahora a uno le asalta la pregunta cómo habría sido nuestra discusión reciente en temas éticos y religiosos si la Universidad de Chile no hubiese claudicado ante presiones de logias sectarias empoderadas dentro de la Universidad en aquellos tiempos (¿ahora también?).

Por último, preguntémosnos, ¿por qué, al igual que en la época de los ‘60 y ‘70, no nos encontramos con una definición nueva de la universidad a tono con lo que pareciera quererle para ella? ¿Por qué en los años ‘60 y ‘70 no se autoproclamaron revolucionarias la Universidad de Chile, la Universidad de Concepción, o la Universidad Técnica del Estado, derechamente revolucionarias, u hoy día, derechamente, sin eufemismos, no nos definimos simplemente como una universidad popular? ¿Por qué contentarse con el mero proceso en rodaje, en que, si bien, se la revoluciona y populariza, no se la redefine tal y cual? De hecho, no conozco a nadie que se lo haya propuesto acogiendo estas nuevas inclinaciones y tendencias, ni siquiera quienes parecieran favorables a ese curso en que estamos. Tema y enigma fascinantes que darían para mucho. Es posible que, en gran medida, no se llegue a ello ni se atrevan, porque no se tiene claridad respecto a lo que de veras se quiere, aunque esta respuesta es quizás ingenua. A lo sumo, se sigue pensando —muy en la línea que se impuso en los años ‘60 y ‘70— que la universidad debe ser un reflejo de la sociedad, seguramente para acoger a sectores masivos que tradicionalmente no ingresaban a la Educación Superior. Es decir, nos topamos de nuevo con la masificación. Y en eso gente como Jorge Millas lo tuvo siempre claro. La sociedad de masas genera conflicto y pone a dura prueba la universidad como lugar dedicado al saber, al conocimiento, a otros ritmos, otras inquietudes intelectuales, también rigores disciplinarios derivados muchas veces, casi siempre, de otras épocas, algunas de ellas milenarias, ciertamente no de hoy día, y menos vinculadas a urgencias políticas, sociales y económicas de última hora. La sociedad de masas puede que hasta amenace con degenerar a la universidad.

La Universidad, en efecto, tiene ahora que cumplir su tarea de transmitir y desarrollar el saber superior, en el seno de una sociedad técnica de masas. Y es lo que la Universidad tiene que admitir como destino inexcusable, respondiendo al desafío de la nueva sociedad. Pero, claro, hay también para la Universidad el peligro de que por responder al desafío, pueda ella misma ser arrollada por los poderes irresponsables de esta sociedad que, siendo la gran oportunidad del hombre, está también dejándola perder.¹⁶

Por cierto, la universidad se ha masificado y, según algunos, proletarizado¹⁷, no en el sentido de que los nuevos sectores que acceden no tengan nada que ver con el elitismo propio de una institución meritocrática, sino que se ha volcado a un supuesto público general o “Gran Hermano” (por lo del *reality show*) que, desde fuera, dicta los términos de nuestro comportamiento y se le rinde pleitesía. Ocurre también que a la universidad se opta, mejor, por no definirla. Eso era propio de los ‘60 y ‘70, en que tenía que volverse una “multiversidad”, una “universidad para todos”, o “la conciencia crítica de la sociedad”. Hay universidades que, a lo sumo, reclaman para sí el carácter de “complejas”, que es uno de esos términos instrumentales, funcionales, no muy sustantivos que, al final, no dicen nada, permiten no definir lo que se quiere o espera de la universidad, por mucho que sirva para obtener más fondos públicos. Admitamos también que la universidad hoy en día es pragmática y muchas cosas a la vez, actúa de diversas maneras según parámetros y circunstancias que más le conviene. Es pública (hasta las privadas serían públicas si le hemos de creer a unos cuantos rectores columnistas), es privada (porque el estado no da suficiente plata y hay que actuar como privadas para competir con las privadas), es estatal (porque no se pierden las esperanzas de que el estado siga dando y más, o si no qué laya de estado es¹⁸), y es también popular.¹⁹ Es decir, en la universidad conviven, bien o mal, dispares proyectos sectoriales, con el consiguiente efecto que se está convirtiendo en una suerte de monstruo quimérico, un camello diseñado en una comisión, amén de anfibio y camaleónico. Esta indefinición ayuda, asiste, a la

16. Jorge Millas, “Discurso sobre la universidad y su reforma”. *ANALES de la Universidad de Chile*, Chile, 127. 1963: p. 257.

17. Jordi Llovet, “La universidad que vendrá”, *El País*, Madrid, 8 octubre, 2012.

18. “Si el Estado no puede definir una política para sus propias universidades, es porque en Chile no existe un Estado”: palabras del señor Rector, Ennio Vivaldi, en su discurso ceremonia aniversario 174 de la Universidad, noviembre 2016.

19. Curioso cómo nadie ya discute que la universidad sea profesionalizante, o bien, cómo quienes quieren convertirla en una empresa generadora de artículos indexados (lo que actualmente pasa por “investigación”) no objetan su proletarización.

mutación en curso, la que a algunos quizá no importa. Es cuestión de tiempo: todo vegeta, todo madura, todo cambia. “La historia es nuestra y la hacen los pueblos [...] mucho más temprano que tarde [...]” En fin, en palabras de un directivo de la Universidad: “La razón que tuvo en vista el país para crear la Universidad de Chile fue precisamente que esta sirviera imparcial y pluralmente a su Pueblo”.²⁰ Don Andrés Bello, en cambio, se refirió más bien a la nación. En una de esas, he ahí la idea, ese el motivo por qué no se la define y, en efecto, el señor Rector está en lo correcto en preguntarse por qué no hablamos en serio sobre la universidad.

20. Entrevista a Davor Harasic, *La Tercera*, Santiago, 6 abril 2016.